3 1761 09372936 6

UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY

SALVADOR RUEDA Y SUS OBRAS

5187
.Yr

GABRIEL RUIZ DE ALMODÓVAR

SALVADOR RUEDA

Y

SUS OBRAS

155110
21/5/20.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1891

Es propiedad del autor.

SALVADOR RUEDA Y SUS OBRAS

I

Tengo yo unos amigos muy queridos, á los cuales trato desde que nacieron, amigos que perpetúan á disposición de quien los busque mil goces de aquellos purísimos que la naturaleza nos regala; y manifiestan el deleite que nos tienen reservado todas las cosas, mostrándolas por su lado bello, é interpretan de perfecto modo emociones vagas y sutiles que todos sentimos sin discernirlas. Son andaluces, vivos, impresionables, amenísimos y bien hablados; de su tie-

rra imitan las armonías como un eco y devuelven la luz como un reverbero; y finalmente, se llaman *El cielo alegre*, *La reja*, *El patio andaluz*...

Quisiera recomendar su amistad, celebrarlos, por el agradecimiento que les debo, y desearía que mis elogios tuvieran algo de lo característico que se advierte en los pregones de flores en Sevilla. Á falta de semejantes habilidades, me acomodo al son de mi guitarro para decir que Salvador Rueda—dejando, por ahora, aparte sus libros—es el poeta que relatando sus amores con la naturaleza, ha llegado á interesar á gran número de adictos á la literatura, y á merecer para esos amores el *asenso*, ó, como ahora se dice, el *consejo* favorable de respetabilísimos críticos.

Salvador Rueda escribe desde hace algunos años novelas, cuadros, poesías; pero esas obras, que ahora vienen á re-

sultar ante el público, las sintió ya bullir en su mente el escritor andaluz cuando, antes de que supiese leer siquiera, gozaba, en su pueblecillo de la provincia de Málaga, estudiando como quien aprende una lección de música, los sonidos de la lluvia en las hojas; ó abismándose en la dulce tristeza de los crepúsculos; ó recogiendo con manos y cara la tibia sensación del nido de pájaros; ó notando los rasgos fisonómicos de tal ó cual árbol, para bautizarlos con los nombres del *tío* Fulano ó de la *tía* Zutana, por los parecidos que creía adivinar entre personas y árboles.

De todo ese trato íntimo con la naturaleza, de toda esa enseñanza que recibió de ella, ha conseguido Rueda una cosa: el modo de alegrarnos á los demás con alegrías puras y sanas de la vida, asociándonos á sus juegos. Porque resulta, según Mr. Guyau, que el

arte no es más que un juego de chiquillos, y los artistas son niños grandullones que se pasan la vida jugando. Sólo que á pocos hombres es concedida una imaginación capaz de amenizar é iluminar *por dentro* toda la vida, como acontece al poeta de quien trato; el cual, debido á su fantasía, lo mismo se me figura que se encuentra hoy, en espíritu, de ponderado literato en la villa y corte, que en su pueblo se encontró de monaguillo, carpintero, panadero y labrador de la tierra, que todo eso fué Rueda durante el tiempo que pasó metido en su aldea.

Feliz con el optimismo de su imaginación, nunca experimentó en su adolescencia ansias desconocidas, malestar, ambición, barruntos de gloria, ni aborrecimientos de su pobreza. Un día en que fué á ver lo que él hacía *motu proprio*, se encontró con que eran versos, y

con que salían ellos naturalmente; sin que sintiera el afán, cuando esto descubrió, de llegar á ser *astro*, ni de eclipsar jamás á nadie. Dejábase llevar de sus sueños, de la alegría propia del alma joven, y se dejaba llevar hacia su vocación con esa falta de resistencia de los humildes, que van sin saber dónde y *salga lo que salga*...

Y lo que le salió á poco fué un destinillo, que perdió bien pronto; pero que dió motivo á que Rueda se trasladase á Málaga, donde publicó sus primeros versos. Alternando con las rimas manejó por aquel entonces los guantes, pues fué guantero; las patentes marítimas, pues fué corredor de guías; y qué sé yo cuántas cosas más hubiera mezclado con la poesía, si D. Gaspar Núñez de Arce, á la sazón cercano á la cartera de Ministro, no hubiera injertado en Madrid aquel ingenio que se revelaba, llevando en su

mente la fogosa y rica savia de Andalucía.

Al primer juego de cubiletes políticos, Rueda perdió su modesta ínsula en la Administración de la *Gaceta*, y á poco más de llegado á la corte, quedóse á la luna de Valencia, es decir, sin puesto y sin blanca. Entonces, sin recursos, sin relaciones, sin protección ninguna (¡claro!) se dedicó resueltamente á la literatura.

*
* *

He oído decir de un santo anacoreta que, para ahuyentar los apetitos de la carne, cuando le acometían, se arrojaba desnudo á un zarzal y se rebullía en él; pero hay en Madrid una porción de jóvenes, atacados de incontinencia literaria, que, arrojándose á la miseria y, como ellos dicen, á *la lucha*, sobrepujan

en heroísmo al asceta, pues soportan las mayores contrariedades y no rinden sus ambiciones. Esta falange de mártires de la imaginación, de «cigarras adrede», hierve por todas partes, chirrea en los cafés, sueña á voces, se entreteje como yedra á los periodistas y literatos de fama, y es la primera valla que estorba y perjudica al escritor de mérito, cuando empieza á revelarse, ya empujándole hacia los vicios, ya borrando sus nativas cualidades con sugestiones de ajenas obras, ó infundiéndole desmesurado afán de originalidad.

Conocer y dar la mano al verdadero artista principiante, ayudándole á librarse de aquella *resaca* del mal gusto, es uno de los oficios de la buena crítica, noble y sana; la cual favoreció á Rueda de tal modo, cuando éste empezó á dar á luz sus primorosos cuadros andaluces en *El Globo*, y publicó la primera colección

de ellos. Mucho los aplaudió la gente de letras; quién con entusiasmo franco, quién con prudentes reservas, alguno con esos elogios protectores que parecen una displicente mirada de alto á bajo; pero á nadie dejaba de agradar aquel modesto muchacho que gallardeaba con el idioma, y describía la naturaleza con impresiones tan finas como la de aquella joven, colmo de sensibilidad, que se ruborizaba solamente de percibir el aroma de una rosa...

Rueda había entrado á desempeñar en *El Globo* una plaza á la que aspiran muchos, la de redactor literario; pero esto, si bien trae algunas ventajas para el que empieza á poner su firma ante el público, lo considero un obstáculo para el adelanto de un escritor novel que tiene que prensar á diario la imaginación, se halle ó no dispuesto para escribir, y arrojar sensaciones é ideas sobre las

cuartillas. Ciertamente que es tentador comunicar directamente con el público, no ser un colaborador anónimo en el esfuerzo que á diario hace el entendimiento humano; pero al que no se lleve de la vanidad, y además no esté muy avezado á las tareas del arte, semejante obligación servirá de martirio, poniéndole á escoger continuamente entre su crédito y su salud, sin dejarle un instante que dedicar á su educación, á su adelanto.

Es verdad que tales obstáculos los salva el verdadero artista por la misma fuerza de su imaginación; mas quien lleva una brillante fantasía, lleva, además del principal auxilio para aquel esfuerzo, un recreo inagotable que no es fácil moderar, porque es muy corto el paso que hay del recreo al vicio; y con éste, llegando el soñador á serlo empedernido, y prodigándose esos bailables de la imaginación de los que vuelve á la realidad

con el cuerpo desmadejado, y la cabeza como el interior de una campana echada á vuelo, viene á saber por experiencia (dígalo aquel *Casallena* de *Nubes de estío*) que no hay bicarbonato, ni éter, en el mundo, capaz de entonar su estómago ó sus nervios.

Pues ¡qué no será el tomar esto por oficio! ¡Qué, si se añade á lo dicho ser el obrero un novato con tanta vehemencia como poca práctica!—De este empeño escapó Rueda con una enfermedad, pero ejercitado en su arte, y con algunos libros—publicados primero fragmentariamente, mientras formó parte de las redacciones de *El Globo* y *El Imparcial*,—libros empapados de sentimiento y de vida, ricos de color y originalidad, cuya lectura es un reactivo de gratas y ardientes sensaciones de Andalucía.

Mas ¿y el maestro que le guiara en tales trabajos? Ya se comprende que el

poeta ha tenido por principal maestro al que enseñó á trabajar á las abejas; y es observación sabida que una de las notas del verdadero artista consiste en la suma facilidad para instruirse en las reglas de su profesión.

Además, el buen deseo hace milagros; y si uno de ellos fué que Rueda encontrara espacio dentro de sus apremiantes trabajos para leer y estudiar buenos modelos, más de celebrar me parece el de que se limitase á tomar de ellos lo que puede llamarse materiales del arte, más que el estilo que algunos se jactan y precian de imitar, apareciendo en tan radículo empeño tan mal como quien usa ropa hecha á medida ajena.

El que está verdaderamente poseído de sentimiento artístico, y el deseo de expresarlo le anima, se inicia con facilidad en los secretos de la forma, aprovechando la inagotable riqueza plástica

que el mundo ofrece para cantar las cosas con el acento propio de ellas.

Dice Rueda que le ha enseñado á escribir prosa el distinguido director de *El Globo*, Sr. Vicenti; mucho le habrá valido tal maestro, pero mucho habrá también influído el sentimiento innato de la forma en el poeta aleccionado—forma que tanto le distingue,—y además el buscar su inspiración en la naturaleza, pródiga maestra para quien no vea con los ojos del vulgo, el cual mira las cosas como ve las letras de un escrito quien no sabe leer.

***

Estas y otras cualidades que se advierten en el autor de *La reja*, son principalmente las necesarias para aprovechar aquellas lecciones: quien no posea

el temperamento afinadísimo, la enorme curiosidad de sentidos de este poeta, no se impresionará tan fácilmente; del mismo modo que no podrá tampoco sentir bien la poesía de la naturaleza, quien no haya pasado la niñez y la adolescencia en puro y continuo trato con *la madre tierra*.

Así, cuando Rueda escribe, su memoria sensitiva y su inspiración le agolpan á la pluma fragantes ideas, tornasoles y matices llenos de sentimiento y armonías, que sugieren lo más inefable de la belleza.

Y es también que á Rueda le ocurre, como á las plantas, que tiende hacia la luz. Esto se le observa en todo y principalmente en sus viajes. Siempre que sale de Madrid toma hacia el Mediodía. Ese entusiasmo por su país lo revela cuando pinta su llegada por primera vez á Sevilla, saltándosele los ojos y repi-

cándole el corazón. De Granada salió, la vez primera que en ella estuvo, como arrojado del paraíso...

Hablando de su aldea, dijo:

Por donde voy me sigue como memoria tierna
tu imagen que en mi pecho conduzco en un altar;
¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
el coro que tus árboles entonan á la mar!

«Cuando cierro los ojos y me acuerdo de Andalucía—dice Rueda en una carta amistosa,—se me interpone un pañolón de Manila y á su través veo luz de Murillo, cármenes de Granada, jardines de Sevilla... Veo los endecasílabos de luz—versos sagrados—de la Mezquita cordobesa haciendo juegos brillantes en las naves, y además experimento un no sé qué de sentimiento que envuelve á todo eso, y que para expresarlo tendría yo que ser cuerda en melancólica guitarra.»

II

Bien dijo Schack que hay nombres cuyo mero sonido presta alas á la fantasía. *Bajo la parra*, *El patio andaluz*, *El cielo alegre*... detrás de los títulos que Rueda ha puesto á sus libros esperamos hallar, y realmente encontramos, el aroma de Andalucía, ó mejor, rasgos que recrean con deleite semejante al que produce aquella decantada ciudad cuya perspectiva es una promesa de dicha, cuyos blancos edificios tienen la garbosa presencia de sus moradores, y enseñan sus adornados patios detrás de rejas *novelescas* y de cancelas que llenan de atractiva franqueza el aspecto de las fachadas. ¡Sevilla! sus calles bañadas

de poético misterio unas, otras de aseñorada gentileza; su río, que más que caminar parece estar vagando con los barcos que lo surcan y los árboles de sus riberas; sus mujeres, cuyos ojos *tiran á matar*... y su vida más alegre que un paso doble torero, convierten la existencia en sueño feliz donde hay también ráfagas de una incomprensible tristeza; la cual quizá no sea más que la misma alegría que rebosa, el sentimiento latente de la insuficiencia humana, de la incapacidad de los sentidos y del corazón para gozarlo todo, para responder á tantos atractivos como solicitan allí nuestra efímera vida...

¡Ojalá supiera yo decir algo de la poesía que emanan esta rica ciudad y las demás que pueblan la hermosa tierra de María Santísima; de sus donairosas figuras, sus costumbres populares, su ostentosa naturaleza! Éste sería el me-

jor modo de explicar las poesías de Rueda. Pero sólo la intensa percepción del artista andaluz puede apoderarse del ambiente de las cosas, para reproducir su escondido encanto.

Lo más fino y vaporoso de la belleza andaluza, lo que yo no sé decir; pero que lo sentirá el que traduzca con el alma las filigranas de *Il barbieri*... de Rossini, y también los ardientes cantos flamencos, es lo que persigue la fantasía de nuestro poeta, lo que acaricia continuamente hasta convertirlo en obra de arte.

Todas las cosas de su tierra tienen algo interesante que contarle. Así como ocurre á veces que leyendo un buen drama sugiere su acción la parte descriptiva que le falta, el lector *localiza*, á su modo, el argumento, y por analogías tomadas de su propia vida, añade en su imaginación mil detalles, colabora, en fin, mentalmente; del mismo modo, la sola y

sublime decoración de la naturaleza inspira, al que sabe sentir, mil argumentos y escenas vagamente soñados, y cuya realidad—por lo que respecta á Andalucía—tanto deleita comprobar en las descripciones y paisajes de Rueda.

Ahora, para reconocer esta poesía en un libro, menester es haberla conocido antes *personalmente;* porque hay gentes que á la naturaleza la conocen... *de vista;* que encuentran el campo muy aburrido, como algunas señoritas, y de la ciudad soportan pocas cosas, por ejemplo, el paseo... cuando *está animado.* Estrújese un alma de éstas y se queda la mano seca. Claro está que para ellas quien dice poesía dice hojarasca y cosa vana.

Tampoco hombres de singular talento—por haber vivido lejos, material ó espiritualmente, de esos grandes escenarios de la tierra, donde mejor se aprende á ver y sentir sus maravillosos

espectáculos—gustarán, quizá, todo el recóndito placer que procura la poesía naturalista, y buscarán otra que llega al alma (¡y tanto!) explorando directamente conflictos y bellezas de nuestro espíritu.

No es, sin embargo, la poesía de la naturaleza tan materialista y tan *inferior* como pudiera creerse, sino que sus ideas son más abstractas y vagas, como todo lo que se acerca más á la vida del sentimiento que á la de la razón. Además, demostrando la belleza del mundo, hasta tiene algo de mística, y viene á ser un alabar á Dios, «aquel peritísimo arquitecto de todas las cosas, que quiso hacerlas todas hermosísimas», como dijo el clásico y piadoso escritor...

Mas, volviendo á Rueda y á su tierra, diré que, por tanto lujo poético como ésta luce, ha derramado aquél su mente y ha ido produciendo obras que, en medio de su variedad, tienen su unidad hermosa,

que es la emoción de Andalucía, expresada con el mismo afán que dicen que tenía Fortuny de escamotear un rayo al sol.

Y lo ha conseguido, en cuanto metafóricamente es esto posible. Uno de los más ardientes capítulos que ha escrito el autor de *El gusano de luz* es el de esta novela titulado «La vuelta de misa...» Al trazarlo parece que su pluma ha sido un surtidor de luz; leyéndole se baña la imaginación en aires del campo y flama de verano. En este género de poesía bucólica, á la moderna, creo sinceramente de un gran mérito las obras de Rueda.

Ya no satisface la simple copia de la naturaleza, aunque se haga con la exquisita retórica de un clásico, aunque se le añada el deleite que produce la primorosa ejecución. El espíritu, en su constante tendencia á discernir los sentimientos, quiere que se le muestren cada vez más vivamente, cuando se pinta á la natura-

leza, las relaciones que hay entre lo inanimado y el hombre. Así, la poesía naturalista ajusta más su mira, atiende más que á las cosas solamente, á las ideas y emociones que nos inspiran, y, de este modo, no sólo las pinta mejor, sino las da más interés. El melancólico espectáculo de la lluvia en el campo descrito por Rueda en una de sus poesías en prosa, nos llena tanto el alma de su indefinible emoción, principalmente por aquel inspirado detalle de la campesina que está cosiendo tras la puerta de la solitaria casa, y... «sin mover dedal ni aguja queda con la vista fija en las poéticas lejanías, y observa las avalanchas de aguaceros que aparecen tras de los montes... contempla allá en una ladera el atravesar por las vides de un alegre zagal que conduce á una mansa bestia que, á despecho de la lluvia, adelanta con paso tardo; clava luego la vista en las masas

de vapores que cruzan el cielo, apenas señalando sus contornos entre el tono gris que las envuelve... y sus ojos acaban por adquirir una vaga é indefinible aureola que los hace parecer ojos de loco, hasta que arrancada la mujer á su éxtasis, mira en torno de sí algo sorprendida, sujeta el dedal en el dedo correspondiente, y arroja un involuntario suspiro mientras torna al hilo de su tarea...»

Ésta es, pues, la legítima poesía dentro del género de que hablo, y á pesar de ser cosa tan sabida, tan redicha, no faltan todavía alambiques literarios que tratan de describirlo todo escarbando en el diccionario. ¡Inútil empeño! Mientras describiendo no se narre, mientras no se tenga el arte de dar ese gran valor á las palabras, que hace comparables algunas—valga la frase—á semilla de novelas; mientras los detalles de observación no sean tan significativos como

chispas que den á entender claramente el fuego oculto, la impresión sentida; por muy observador y palabrero que se llegue á ser, únicamente lógrase emular al escribano aquel que, anhelando hacer bien un inventario, escribía:=*Item: sobre la mesa se encontró una Biblia que, copiada literalmente, dice así:...*

En cambio, la hermosa poesía descriptiva ¡cuánto enseña y mejora á quien le gusta! Vuélvese la vista al mundo y se admira mejor, se aprende á gozar de la naturaleza y de uno mismo, es una lección de ensanchar y embellecer la vida interior, como no siempre la ofrece el poeta lírico que nos entretiene hablando solo de sus placeres ó de sus penas.

«¿No se te ha ocurrido nunca, paseante solitario y contemplativo—dice A. Daudet en *El Nabab*,—tenderte de bruces encima de la yerba que alfombra un bosque, en medio de esa vegetación

especial, múltiple, variada, que brota por entre las hojas caídas del otoño, y espaciar la vista á flor del suelo por el horizonte que ante ella se dilata? Poco á poco va perdiéndose la noción de la altura, las ramas que los robles entrelazan por cima de la cabeza forman un cielo inaccesible, y debajo del otro va surgiendo como por ensalmo un bosque nuevo que abre sus insondables veredas apenas alumbradas por una claridad verde y misteriosa, formadas de arbustos chiquitines ó cabelludos que rematan en cimas redondeadas con apariencias salvajes ó exóticas, puntas de caña dulce, tiesuras graciosas de palmera, tallos finísimos en cuyo remate oscila una gota de agua, girándulas en las cuales arden lucecitas amarillas que el soplo del viento hace bailar. Y lo más admirable es que debajo de estas leves sombras viven plantas minúsculas y milla-

res de insectos que, vistos tan de cerca, revelan todos los misterios de su existencia. Una hormiga, encorvada como un leñador, bajo el peso del haz, arrastra una brizna de corteza más gruesa que ella; por encima de una yerba echada á modo de puente de un tronco á otro avanza un escarabajo, á tiempo que cabe un alto helecho que crece solo en una encrucijada alfombrada de musgo, un animalillo azul ó encarnado aguarda, tendidas las antenas, á que otro bicho, en camino por alguna remota vereda solitaria, acuda á la cita debajo del gigantesco árbol...»

¡Qué preciosa página, verdad? Pues algo semejante disfruta el espíritu tranquilo que saborea la poesía de Rueda. Es observar sobre un libro la naturaleza andaluza, percibir sus latidos más tenues, gozar ese melancólico consuelo que ofrecen á veces las cosas más pe-

queñas del mundo, y esponjarse en la frescura, la sombra, el rumor de agua y la amorosa paz de *El patio andaluz*, con los sentidos abiertos, como nuevo Horacio, á la dulce impresión de vivir.

Yo sé de un gran escritor (Pereda, para que nadie se entere) que ha dicho á Rueda: «Su pluma de usted tiene matices hasta para el átomo». Hay que ver las finuras de colorido y las agilidades de pincel esparcidas en los artículos *La parranda*, *El patio andaluz* y *Cuadro bohemio*; hay que sentir toda la novela —y novela bellísima que yo espero escribirá Rueda algún día—que está condensada en el capítulo que da nombre al libro *Bajo la parra;* hay que mirar el poético resplandor de *El cielo alegre*—quizá el mejor libro en prosa de Rueda, para mi gusto.—En el idilio de esta obra, *Buscando nidos*, figura un «breve y azafranado chamarís» de la misma

casta poética del que casi hace llorar en el tierno idilio de Villegas:

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse á un pajarillo...
.....

También en esta obra figuran *El paleto de visita*, modelo de graciosa observación á lo Pereda, y *El palo de telégrafo*, que tanto agradan al insigne autor de *Pedro Sánchez*.

En cambio la obrita *Granada y Sevilla* me parece un libro *vicioso*, como los trigos que se pierden por demasiada fuerza.

Más apto considero, hoy por hoy, al escritor de que hablo para pintar en pequeño—lo cual no indica menos dificultad—cuadros como los susodichos, con los que ha conseguido tan justa fama, ó producir obras tan originales, tan libres, dentro de la belleza artística, como la *Sinfonía del año* y *Cantos de la vendi-*

mia, que para escribir novelas, según lo que se pide por todos debajo de tal nombre. No es esto decir que las novelas andaluzas de Rueda carezcan de mérito, sino que la peculiar impresionabilidad del poeta le impulsa á saltear los asuntos y á mirar la vida á través del precitado «pañolón de Manila», viendo antes que el tipo humano, el paisaje, y subordinando á veces aquél á éste en la composición.

Échase de menos en *El gusano de luz* y en *La reja*, como en casi todas las novelas escritas en la juventud (v. gr.: *El final de Norma*, de Alarcón), aquella fuerza de intención que en la misma novela de costumbres suele poner el artista solo, por lo común, cuando copia el mundo desde la edad de la experiencia, en que también debe volver la vista con más apego á la realidad de la vida, acaso por lo mismo que la suya se va... Á

los treinta y ocho años Pereda no había publicado más que sus *Escenas montañesas*, y á los cuarenta escribió Alarcón *La Alpujarra*, á la que siguieron *El sombrero de tres picos*, *El escándalo*, etc.

Que guiado por el estudio de la vida y del arte y por su original temperamento artístico, ha de producir Rueda más sazonados frutos en el campo de la novela, ya lo indican caracteres tan vigorosamente apuntados como el de Anona en *La reja* y el de Antonia en *El gusano de luz*. En el capítulo de esta obra titulado «Drama en la sombra», aquella mano «angulosa y terrible» que cayó sobre el frenético cortijero cuando éste abrazaba á su sobrina, y sacudiólo con una fuerza espantosa, toma bulto en la imaginación, y, por misteriosas asociaciones de ideas, nos lleva al alma que la movió, al alma de Antonia.

El relato de estos amores del cortijero

andaluz podrá llegar á veces á lo incendiario, á causa del fogoso estilo de Rueda, que va de los sentidos á la imaginación; pero lo considero más interesante y *más novela* que el noviazgo que sirve en *La reja* á modo de tallo artificial, en que el artista va poniendo verdaderas flores, delicadas poesías de la naturaleza.

En suma, que las novelas de Rueda ofrecen sólo el mismo atractivo de *Cielo alegre* y *El patio andaluz*, estando en aquéllas ordenados los *cuadros* por una acción, y dando por resultado obras de amenísima forma y de un corte especial, en que casi puede decirse que las descripciones no sirven para explicar la vida de los personajes, sino al revés: la acción y sus episodios sirven para ilustrar las descripciones.—¿No podrá esto considerarse como una especie legítima de poesía naturalista?

III

Vamos á cuentas. El reputado crítico D. Leopoldo Alas creo que ha dicho de su tiempo, que no había en España más que dos poetas y medio; y el bachiller Sansón Carrasco decía á Don Quijote, allá cuando se publicó la segunda parte de *El ingenioso Hidalgo*, que los famosos poetas de España no eran sino tres y medio; de modo que, habiendo Clarín incluído recientemente á Salvador Rueda, en su «aritmética crítica», entre las cantidades fraccionarias (no dice qué fracción le corresponde), resulta sólo otra pequeña (?) fracción de poetas, de diferencia, á favor del siglo de oro de

nuestras letras, sobre los actuales «momentos históricos»; y compruébase también la opinión de D. Juan Valera, que afirma no podemos hoy quejarnos de tener menos poetas buenos que antes.—Yo no sé cómo decir ahora, con la humildad debida, que estoy conforme con estos señores, sin que parezca que pretendo darme tono entrometiéndome en sus opiniones; y como, por otra parte, no quiero pararme en asuntos de cantidad, sino de calidad, quédese aquí todo lo referente á la primera, y hablemos, aunque á tientas, de la segunda.

Lo poético es igual en la prosa que en la poesía, propiamente dicha, ó mejor, los mismos asuntos pueden tratarse en una ó en otra forma; pero en ésta hay un nuevo medio de expresión que es el verso, sus imágenes peculiares, su dicción especial, que muy pocos logran y saben aprovechar. El cantar con la be-

lleza propia y eterna de este signo—el verso—la misma poesía que pinta en prosa, es á mi juicio el principal mérito de Rueda. Siente muy bien lo que puede llamarse la poesía del verso; y por lo mismo que el poeta de la naturaleza nos habla de impresiones tan vaporosas, tan *aladas*, creo más á propósito para representarlas el verso en que, por haber mucho de música, puede pasarse de la onomatopeya, llegando á la melodía característica.

Lo difícil es (como se dice en la arquitectura de los motivos tomados de la naturaleza) la fusión de los elementos geométrico y orgánico; sujetar en lo uniforme del metro y de la rima lo vivo y vario de la emoción, para lo cual es fuerza poseer los secretos del ritmo. Pero Rueda, como verdadero artista, adivina tales secretos, sacando provecho á veces de las mismas dificultades.

El ánimo tiene movimientos instintivos al percibir las cosas. ¿Quién no ha sentido ante una pirámide el deseo de elevarse, ó el de esparcirse ante un círculo? «¿No le ha ocurrido á usted alguna vez—decía Rueda á un amigo—no poder desenredar el paso de la música de un organillo yendo por la calle?» Pues de tales impulsos sabe el poeta aprovecharse en el ritmo y en las imágenes de sus versos, hasta apurar la que lleva cada palabra de por sí.

Siempre me ha gustado en extremo la *Sinfonía del año*, pero es porque, en medio de sus escasas páginas, la considero un ejemplo de lo dicho, un *muestrario*, que diría su autor, de los mil primores de forma que sabe hacer con el verso, y que ya ha empezado á ofrecernos más en grande en *Cantos de la vendimia*.

En la *Sinfonía del año* un ritmo quebrado nos habla del desigual movimien-

to del agua en los arroyos; otro amplio y brillante, de la grandiosidad de una puesta de sol; un dulce fruto del otoño se recuerda con gustosas palabras, y con otras ásperas el atroz episodio casero de *la matanza;* las burbujas del agua toman relieve en un engarce de imágenes vivas y precisas; y la galanura de unas flores se muestra con una *elegancia* de estilo y de pensamiento...

Las flores del almendro
y las de oscuro tono
violetas delicadas
de cáliz oloroso,
tuvieron una apuesta
en un jardín frondoso,
á ver cuáles salían
más bellas, y más pronto.

Un sentimiento de ternura alegre, muy propio de la primavera, está delicadamente expuesto en ocho versos, que son al par un cuadro:

El ave *humana*, la golondrina
se cuela, sin permiso, por las ventanas,
lanza píos sonoros bajo los techos,
ruido de abanicos forman sus alas.
Recostado en su cuna la mira el niño,
que tras su vuelo errante la vista vaga;
á la madre la pide que la detenga
y ella finge ademanes para alcanzarla.

Tan pronto veréis al verso lleno de colores y cantando las radiantes lluvias de Abril, como despojándose de estas galas, para decir con la sencillez y el *abandono* de la tristeza:

Á la mesa santa
en la Nochebuena,
todos, menos uno,
á cenar se sientan;
y la pobre madre,
que oculta su pena,
el llanto se borra
que en sus ojos tiembla.

Es seguro que el autor de *Cantos de la vendimia*, cuyo gusto se depura cada

día más, no volverá á escribir poesías como *El vino de Málaga* y *Lo que no muere;* no se apartará de su propio carácter literario que, desde que empezó á escribir, le ha inspirado tan originales y hermosas obras. *Aires españoles* se titula el primer libro que publicó Rueda siendo casi un niño, y es una colección de romances de buena cepa española, todos de rico, sonoro y fácil lenguaje, y algunos de gran mérito. *El ciego de los romances*, por ejemplo, es una preciosa y tradicional figura que parece dibujada por el lápiz de Valeriano Bécquer; *La boda* es un primor de observación y de gracia.

Es verdad que los cantares incluídos en el libro *Estrellas errantes* no tienen ese aroma popular que tanto agrada en tal género de poesías; pero en la misma obra hay algunos sonetos acabadísimos que basta citarlos, pues son muy conoci-

dos, para recordar su mérito. ¿Quién no ha leído y celebra *El cohete* y el *Retrato de la Marquesa de Dos Hermanas?*...

Cantos de la vendimia se parece á la *Sinfonía del año* en lo original, en lo nuevo. Más corrección y maestría se advierte en aquella obra, puesto que el autor no deja de progresar en su arte y entre ambos libros han pasado algunos años.—Al cabo hay un poeta joven que no escribe «*como* Bécquer, ó *como* Núñez de Arce, ó *como* Campoamor.»—En este exquisito libro, ¡qué originales efectos, qué adivinaciones del sentimiento, qué forma equivalente á un conjuro de vírgenes impresiones del campo, y qué emociones tan sutiles, tan fugitivas, sujetas al idioma como mariposas clavadas al papel! Piropeando á las uvas marbellíes, el verso es grumo poético de tersas, frescas y trasparentes bayas...

Como granos de rubíes
de encendidas y de hermosas,
entre las uvas sabrosas
son las uvas marbellíes.
. . . . . .
Á las nobles moscateles
vencen en limpios cristales,
en tamaño á las parrales
y en color á las cabrieles.
. . . . . .

Las poesías *Á misa* y *En los olivares*, son la ejecutoria de un artista. Dignas de ser admiradas creo también *La siesta en la ciudad*, por su asombroso parecido con la realidad cantada en ella, y *La colmena*, y... pero ¿á qué citar? Aunque yo supiera exponer «la belleza de la belleza», mucho mejor la gustaría en el propio lagar, ó sea en *Cantos de la vendimia*, el que supiera apreciarla aquí.

El que no puede, que exclame ante ésta como ante otras obras de Rueda: ¡amaneramiento! ¡gongorismo! ¡falsedad!...

***

Sobre ese tema de la sencillez y de la afectación se ha exagerado mucho. Si por sencillez y naturalidad se entiende negarse el escritor á sí mismo y tomar las apariencias de la generalidad, creo que ésta es una afectación también, y de las peores. No hay, pues, que pedir sencillez del modo dicho al estilo, sino sinceridad al escritor y salga lo que saliere; que, como el escritor sea un artista, nada malo puede resultar. Todos tenemos las mismas facciones, pero no hay dos caras iguales en el mundo: hailas, sí, que inspiran simpatía, como las hay que dan gana de no verlas. Las últimas quieren parecerse á las primeras, y de aquí los afeites, la coquetería. Pues muéstrense todos como son, y cada uno llevará lo que se merezca. Pero ¡qué pocas musas pueden como la famosa molinera de *El sombrero de tres picos* arrollarse las mangas y decirle al corregidor: «Mire

usted... Aquí no hay nada postizo...» Hay, sin embargo, escritores de gran sencillez que insisten en mostrar, aunque á nadie interesa, una poesía tan sin-cera como sin esperma, donde no se halla nada que luzca. En cambio, hay quien atesora bellezas y las luce bajo mil formas, desde la de un Castelar, grandiosa como pinturas murales del Vaticano, hasta la de un Valera, parecida al modo que tenía de vestir y de pulirse Pepita Jiménez.

Por lo que respecta á la naturalidad de las buenas poesías de Rueda, no solamente consiste en la dicha sinceridad, en que realmente sienta del modo que se expresa, sino también—y éste es su principal mérito—en que resulta la expresión maravillosamente conformada con lo que representa. Esto, que no es tampoco limitar el arte á la imitación de la naturaleza, sino procurar lo mejor posi-

ble la condición de verosimilitud que el arte requiere, es lo que no ha sido, quizá, reconocido por los que tachan de afectado el estilo de Rueda, ni (sin quizá) por los trujimanes del colorismo, que buscan vanamente aquel efecto en su despilfarrado *estilismo*—y viene en verso.

Y es que no valen recetas en ningún arte: es muy fácil saber que los motivos de la decoración arquitectónica deben sacarse de la misma naturaleza de la cosa, pero la cuestión está en sacarlos; y así, la cuestión está en decorar la poesía de tal suerte.

Cierto que para conseguirlo le facilitan el camino á Rueda la gran riqueza de materiales que posee, de vocabulario y de giros, y, sobre todo, aquella exquisita delicadeza del gusto, que llega á veces hasta á dar á la frase vulgar ó basta cierto valor artístico, como lo tie-

nen, v. gr., en los jardines toscos asientos ó muebles imitados á lo rústico: mas no por esto debe olvidarse que «sólo el verdadero sentimiento sugiere el rasgo bellamente expresivo».

*
* *

Para acabar este superficial trabajillo diré que una de las mejores pruebas del mérito del escritor de quien trato, es que no falta quien con ojos de inquisidor registre sus obras y trate de zaherirlo; le critican aquellos *versistas* de salón y aprendices de *genio* sobre los cuales llegó á sacar la cabeza: otros, sin saberlo, emplean contra el género que cultiva Rueda una difamación peor: imitarlo. Pero Rueda puede asegurar de sí mismo lo que en un artículo de Clarín

he leído que decía Alfredo de Musset: «Bebo en mi vaso, aunque mi vaso no sea grande».

También el autor de *El patio andaluz* bebe en su vaso, que no es sino la tallada, la elegante caña de manzanilla.

Granada Junio 1891.

Rueda Santos, Salvador 155110 LS.
R9187
Author Ruiz de Almodóvar, Gabriel .Yr
Title Salvador Rueda y sus obras.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU